

PEDRO. SIENNA



MUECAS EN
LA SOMBRA



MUECAS EN LA SOMBRA

PEDRO SIENNA

MUECAS EN LA SOMBRA

Muecas en la Sombra. - En la quietud poblana. - Sonetos Galantes. - Calcomanías

ESTADOS DE ÁNIMO HASTA EL AÑO 1914

CARÁTULA DE RAÚL SIMÓN

ES PROPIEDAD

IMPRENTA UNIVERSITARIA

—Bandera 130—Santiago—

1917

OBRAS DE PEDRO SIENNA

EN PRENSA:

La Tragedia del Amor.—Novela teatral en colaboración con Bernardo Jambrina. Estrenada en el «Teatro Municipal» de Santa Fe (República Argentina) el 8 de Mayo de 1916.

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN:

El Tinglado de la Farsa.—Sonetos de la vida teatral.

La emoción vagabunda.—Prosas.

Después del baile.—Comedia romántica.

El Poema de la Claudicación.


Al margen de la Farándula.—Versos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

DEDICO
este libro
a
la memoria de
mi hermano Marcial
Suicida

† 29 de Septiembre de 1915.

PRÓLOGO



Un respetable Panza siglo XX, que ya no se ahorca en burro por amor al prójimo—si hojea este libro triste—dirá, talvez, con los satisfechos pulgares en la costura del pantalón:

—¿Otro?...

* * *

¡Y tendrá razón!...

Pero no importa. Yo no escribo para esos seres inefables que suman el cotidiano existir en los guarismos de un libro de caja; que tamborilean inconscientes sobre el vidrio de la ventana sin ver jamás el paisaje que detrás de ella se amustia y aplauden la romanza después de comprobar que el piano es un «Bechstein», *made in Germany*... ¡Oh, no!... Viven dichosos en su beatífica pasividad de vientres repletitos. ¿A qué molestarlos?...



Pero, seamos justos: ellos no tienen la culpa. Es que no pueden... ¿Por qué exigirles más?



Cuando hemos vivido demasiado a prisa, espoleados por nuestro temperamento de monarcas miserables de la belleza y del sacrificio; cuando—eternos enamorados de las estrellas—brindamos a la muerte con la copa del perfume y del veneno, quedan pedazos de nosotros mismos en todos los zarzales del camino... y entonces, abominando del presente y sin poder soportar el pasado, volvemos *hacia allá* las pupilas que se empañaron de lágrimas... Hacia allá, en busca de la nube milagrosa, santa madre de la lluvia que ha de sanar el alma herida de lacras de oro.



A los nacidos para la seda de la tarde, cuya vida fué una madrastra desgredada y soez que tuvieron la heroicidad de sojuzgar con látigos de rebeldía, que restallaron blasfemantes en la sombra y en la duda...

A los que sufrieron el desengaño prematuro, el asco de las hipocresías y la muda hostilidad de los hombres y las cosas...

A los aventureros de un ideal a quienes alguna

noche, en el rincón aislado de un café, mordió el negro gusano del hastío, mientras sollozaban los violines, y la barba afeitada del mozo—azuleando sobre la pechera blanca del smoking—se adelantaba cortesmente preguntando qué se serviría el señor...

A los que después de una noche de orgía—un amanecer de niebla—a esa hora en que las almas se avergüenzan, comprendieron que *la chair est triste* y mientras el frescor picante de la madrugada acariciaba sus labios reseco por el alcohol, los cigarros y los besos, sintieron una ingenua ternura evocando a la novia lejana...

A los que echaron a rodar sus vidas como aros vertiginosos de pesadilla sobre el dolor de todos los caminos, con los ojos alucinadamente fijos allá lejos, en espera de algo que no se sabe por qué ni cómo, ni cuándo llegará!...

* * *

Sólo vosotros reconoceréis en medio de estos ritmos dislocados, sordo repiqueteo de huesos sobre la tapa de un ataúd... y un sospechoso ruido metálico, como de grillete que arrastrara un presidiario sobre las baldosas de una cárcel...

* * *

...Porque en todos vosotros va un pedazo mío. Porque en vuestras noches con luna y sin consuelo,

en vuestros amores perdidos, en vuestras ansias de mejorar una vida que es de dolor y va a la muerte y en vuestros desengaños, hay algo de mis noches, de mis amores, de mis ansias, de mis desengaños!...

*
* *

Y porque, riendoos de todo, soléis tomar en serio esta divertidísima pantomima y desdeñosos y sabihondos sois más románticos que un rayo de luna!...

PEDRO SIENNA.

Santiago de Chile, Mayo de 1914.



MUECAS EN LA SOMBRA

MANOS ARTISTAS

A M. Magallanes Moure.

¡Oh las manos sabias que desenmarañan
la sutil madeja de los sentimientos
y prenden las áureas hilachas que engañan
al cáñamo fuerte de los sufrimientos!

Las manos arañan, las manos arañan,
—los hilos se tuercen a todos los vientos—
pero al fin de cada hebra desentrañan
suspiros... abrazos... adioses... lamentos!..

Las pálidas manos que el dolor aguza
tejen un bordado como ciencia abstrusa
que nunca un profano podrá comprender.

¿Qué importa?... Ya brotan en tonos soberbios
florones de sangre con tallos de nervios,
sobre el fondo triste de un atardecer!...

ROGATIVAS A MI CORAZÓN (1)

Nadie te supo comprender,
nadie sufrió con tu dolor,
una mujer... y otra mujer...
siempre el engaño del amor!...

Sacude tu agria laxitud,
ahoga todo tu penar,
que la carcoma del laúd
nadie la pueda adivinar;
que siempre sea tu cantar
una canción de juventud!...

Fea es la Luna... ¿no es verdad?
Es enfermizo su claror...

(1) Laureada en los Primeros Juegos Florales de Santiago de Chile. Año 1914.

Ella dejó sin heredad
tanto poeta soñador.

Sueña un fantástico jardín
de extravagante floración
y ríe..., ríe, corazón
con un trinar de mandolín!...

Como un guerrero medioeval,
vé a rescatar Jerusalén,
besa la cruz de tu puñal
y sigue en pos del Ideal
en tu soberbio palafrén.

Haz todo rojo tu pendón,
enamorado paladín,
y como irónico festón
deja colgando del arzón
los cascabeles de Arlequín.

Enciende toda tu emoción
en las quimeras que vendrán
y que un aroma de perdón
lleven en lenta procesión
las golondrinas que se van!...

Y cuando veas ondular
una silueta de pasión,
medita en el dolor de amar
¡Yo te lo ruego! ¡¡Corazón!!

EN AMABLE CHARLA...

Creo que siempre es preferible
la neurosis a la estupidez.

Dario.

Tintinear de copas en el bar. Los violines
van estrujando el agrio de lentos valeses viejos;
tengo los nervios rotos, destemplados y ruines...
Yo quisiera que mi alma se derrumbara lejos...

¡Y tu recuerdo me hace muecas en los espejos!

...Y bebo, resignado a que el vulgar amigo
me hable de bicicletas, de que sólo se viste
a la dernière... Yo chupo mi cigarro y maldigo
la hora en que la vida me fué poniendo triste.

¡Y el humo del cigarro se lleva envuelto un chistel...

Son como latigazos en la cara de un muerto su lógica optimista, su risa saludable.

—Diantre de chico. Tienes una suerte envidiable, me grita sofocado.—Hombre, le digo, es cierto...

¿Cuál de los dos, Dios mío, es el más miserable?

Y en medio del discurso con golpes en la tabla, yo me encuentro bien solo... ¡Pues hasta los violines atacan un *can-can* desenfrenado! Habla, mi amigo, que prefiere más que el teatro, los *cines*.

Porque *en lo oscuro*, dice, *se consiguen los fines*...

Yo lo quedo mirando con envidia..., con rabia..., y con unos feroces deseos de robarle su tesoro de dicha y en castigo dejarle todo el cruento cilicio de mi grande alma sabia.

¡Yo lo quedo mirando con envidia y con rabia!

* * *

¿La carcajada amarga que estrangula al fracaso?
¿Sollozar a la sombra de los idilios viejos?
¿Ser un payaso *trister*?... ¿Ser un *triste* payaso?
Esta vez si que el alma se derrumba muy lejos.

¡Y estan fríos y turbios los borrosos espejos!...

LA CASA DORMIDA

Se ha dormido la casa bajo la maternal custodia de la noche que a todos nos hermana: enfría el erotismo de un cuerpo virginal y desarruga el ceño de la cabeza cana.

El ancho patio viejo, que en el día deslumbra, vivo de sol risueño, como una idea joven, es ahora un romántico sumido en la penumbra que sueña con el «Claro de Luna» de Beethoven.

Tocó a silencio el grillo. Se ha sosegado el viento y una añosa palmera, mas allá de los muros destaca sobre el fondo del cielo ceniciento un espectral manojó de puñales oscuros.

Esas trasnochadoras bohemias, las estrellas lloran desde lo alto sus lágrimas de plata;

tras su balcón de nubes acaso sienten ellas
la nostalgia amorosa de una mandolinata.

Y una lírica luna que resbala tranquila
enharina de bruma la quietud y el sosiego,
mientras sueña aquí abajo con su enorme pupila
el alma estrafalaria de un Pierrot nocherniego.

He vagado en silencio por la casa dormida
y por sus tenebrosos corredores desiertos
sufrí el pavor oculto de las cosas sin vida,
quise un poco a los vivos y recordé a los muertos.

Revoló mi ternura por las noches distantes
en que juntos los niños del brasero al calor,
oíamos leyendas de príncipes errantes
que mataban dragones y morían de amor,

Y agigantó en mi alma la flora fabulosa
de los cuentos de antaño su fantástico enredo.
(Por los negros rincones, la mano sigilosa
del silencio amontona bocanadas de miedo).

¡Bocanadas de miedo de la casa dormida
que arrastra por los largos corredores desiertos
la historia espeluznante de aquella aparecida
que vagaba—sonámbula—con los ojos abiertos!...

CANCIÓN DE ODIO

A la Luna.

Vieja bruja, vieja bruja,
que me has clavado la aguja
de tu romántico albor,
hoy en mis nervios estruja
toda su ciencia cartuja
un venenoso dolor.

Yo era bueno; no sabía
nada de filosofía
de Nietzsche ni de Tolstoï,
ni leído nunca había
libros de caballería
a la manera de hoy.

No me inquietaba: mi vida
era una fuente dormida

en un lago de ilusión
mi fe estaba defendida
por un alma sin herida
y un resuelto corazón.

Pero una noche, con maña
de fabulosa alimaña
¡oh, blanca Luna espectral!
subiste de la montaña
a tejerme una maraña,
con tus hilos de ideal.

Y tu veneno divino
—verde, oro, rosa, opalino—
bebí con ansia demente
y tu rayo mortecino
me obsesiona en el camino
que seguiré fatalmente.

Tu redonda calavera
blanqueó toda la pradera
y entristeció la laguna,
fuiste una mala ramera
que agostó mi primavera...
¡Maldita seas, oh Luna!

Porque me hiciste pensar
en la tristeza de amar
y en el placer de sufrir,
porque me hiciste soñar

en farándulas de azar
y en lo dulce de morir.

Porque ya no encuentro el medio
de librarme de tu asedio,
calavera inoportuna!
porque no tengo remedio
y he de morirme de tedio
y enloquecido de luna!

Vieja bruja, vieja harpía,
madrina de la utopía,
tumba de mi corazón,
las nubes escalaría
por partir tu cara fría,
Luna llena... ¡de ilusión!...

CROQUIS AL CARBÓN

A Julio Enrique Daroch.

Con facha de apaches, hombres mal sentados,
junto a mesas sucias juegan a los dados.
Hay risas vinosas, crudas palabrotas
que se bordan sobre las triviales notas
de un piano de cuerda... y el gas de carburo,
bajo cuya lívida lumbrarada están,
les dibuja el rostro con un claroscuro
de duras facetas—estilo Rembrandt.

Aquí junto al muro, frente a mi tristeza
está el vaso inmóvil lleno de cerveza
de color tabaco; y en tanto deshoja
con un dejo amargo de muda congoja
su áureo burbujeo, se corona por
un grueso reborde de espuma... Mylord

Spleen viene a visitarme... y en
el fondo del vaso *muequea* Verlaine.

* * *

En esta taberna llena de modorra,
donde sin quererlo mi vida se borra
oculto en el fondo de un rincón sombrío
cuyas paredones gotean hastío,
gusto ensimismarme... Luego, fumo, fumo
mirando ahuecarse las volutas de humo,
que con nebuloso circular de tules
tejen arabescos de gasas azules.

LA IRONÍA DESALENTADORA
DEL PAPEL

La insolencia blanca del papel
grita una ironía que estalla
bajo el crudo llamamiento del
cono de luz de la pantalla.

Su (enfarinado) rostro de cruel
«clown», satiriza esta batalla
de mi fe... Las letras en tropel
de arañitas van por la valla

azul de la literatura,
y garrapateando la malla
de las ideas, dejan la hiel

de su arlequinesca amargura.
¡Ya no es irónica (¡canalla!)
la insolencia blanca del papell...

EN MI RINCÓN

... la tarde aburrida de un
día Domingo.

La claridad de la tarde
a través de la cortina,
pone en mi cuarto una suave
languidez meditativa.

El caballete achacoso,
las pálidas acuarelas,
los viejos libros de lomos
desgastados, la paleta;

las blancas rosas de Octubre
que pierden en el florero
pedazos de alma en perfume
y en pétalos que cayeron;

la máscara japonesa
cobriza, de cejas blancas...
todo... naufraga en la incierta
penumbra que se desmaya

resbalando sin deseo
como una gasa impalpable
que fuera el aburrimiento
desprendido de la tarde.

Mi vecina toca el piano...
... Un valse grave y antiguo
que me habla de un olvidado
amor que soñé de niño.

Y pasa borrosamente
el desfile de esos tiempos
cuando rompía juguetes
por ver qué tenían dentro...

Mi hogar, mi bendito hogar,
los cuentos junto al brasero
de príncipes que se van
con la niña de sus sueños.

Borrosamente pasó
—y en mi vida para siempre—
con la inútil obsesión
de todo lo que no vuelve.

Y llegas tú, mal querida,
—que abandoné sollozando—
y largamente me miras
con tus grandes ojos claros.

Y enlazando tus desnudos
brazos tibios a mi cuello,
me das un beso profundo,
tembloroso de deseo.

...Ya no suena más el piano:
y la caravana azul
se derrumba en el fracaso
de mi cerebro sin luz.

A través de la cortina
la tarde es como una idea
que lentamente agoniza
en un sopor de violetas...

Las blancas rosas de Octubre
no se ven en el florero...
sólo llega su perfume
como un lejano recuerdo...

El cigarrillo apagado
de mis dedos se descuelga...
...alas negras van pasando
que poco a poco me ciegan.

La tarde que ya no existe
me ha llevado el corazón...
¡Soy un bosquejo al carbón
sin fecha, borroso y triste!...

EL SONETO «INFLUENCIADO»

Estrujó, gota a gota, su angustia, en la extrafina
pa de un decadente soneto triunfador;
ella vació lágrimas, besos de Colombina
rosas deshojadas del rosal del amor.

Se entregó todo entero, horadando la mina
su reino sombrío, soportando el dolor
las renovaciones interiores, la inquina
e filtró en su organismo el dormido rencor.

Leyeron el soneto profundizantes críticos,
duchos en toda suerte de estudios analíticos,
acerca de la vida, la muerte, la mujer...

Y dijeron muy graves: «Creemos, en conciencia,
que Ud., joven, no pudo sustraerse a la influencia
de... Carlos Baudelaire.»

¿QUÉ ESPERA?

Se opuso a la corriente de sus aguas tranquilas
la compuerta de hierro de las dudas fatales;
su juventud ruïnosa cruzó un tañer de esquilas
anunciador, acaso, de mudos funerales.

La Maga Primavera, que en áurea rueca hila
vellones de alegría, le negó sus modales;
y resignadamente se incorporó a la fila
que pierde sus contornos por esos andurriales.

Y camina su ruta, calcinada y escueta,
con orgullo rebelde, con mutismo de asceta
y una absurda inconsciencia del que a su lado va.

Lleva el alma hecha trizas, de fracaso en fracaso;
sólo arde su pupila por la esencia de un vaso.
¿Qué esperará este hombre ¡mi Dios! qué esperará?

EL CUBILETE FATAL

«En las cosas ocultas de Dios
no hemos de buscar razones para
entenderlas.»

Santa Teresa de Jesús

«Dejarse morir de pena es un
suicidio menos vulgar que el del
veneno y la pistola, pero suicidio
al fin.»

Severo Catalina.

Esqueletoso, laxo, con el traje
blanqueado por el polvo del camino,
tiró a un rincón obscuro su bagaje
y quiso anticiparse a su destino.

Su cara envejecida hizo un visaje...,
y volcó el cubilete el peregrino:
como una profecía que es ultraje,
sobre el tapete verde rodó el sino.

El dado negro señaló la Suerte:
la suerte que dejara en su existencia
llagas de soledad, miseria y muerte.

Y dijo: ¡«Sea»! Por la tierra helada
seguiré como ayer, sin más herencia
que la careta de mi carcajada.

LA IMPOSIBLE

Ensueño de sultán, copa de Grecia,
guzla de moro, bayadera hindú,
sello inviolable de una virgen recia
que los ataques del amor desprecia
como un cristiano un dogma de Vishnú.

Pudores de hierática nobleza;
burla, sarcasmo, mansedumbre... Flor
que marchita su lánguida cabeza
soñando perspectivas de tristeza
en la nipona gracia de un tabor.

Piano negro, en la noche de los duelos,
—cuando solloza el alma de Chopin—
sobre el fondo sin luz de los desvelos,
astro que parpadea desconsueltos,
simbolizando un verso de Verlaine.

Suplicio de una cosa irrealizada
que fuera agigantando su dolor;
cuénto erótico-azul de Scherazada;
en medio del silencio, carcajada
de ninfa que se fuga del amor,

Tantálico cimbale de las locuras;
capricho de un exótico nabab;
en el tormento de las amarguras
la estrella de los Magos y las puras
sombros del velo de la reina Mab.

Fuiste para mis ansias de belleza,
el desenlace de una historia trunca;
esfinge de pecado y de pureza.
¡¡Esa mujer que no nos ama nunca,
fuiste para mis ansias de belleza!!

ORACION A LA HERMANA

Hermanita rara,
fuente de agua clara,
dame tu mirar.

Tu mirar sereno
no tiene veneno
para mi cantar.

Tú sufres... Deploras
ver pasar las horas...
¿No vendrá el amor?

Hermanita buena,
yo quiero tu pena
para mi dolor.

Mi vida está trunca,
yo no supe nunca
de besos de flor.

Hermanita linda,
tu boca de guinda
tendrá qué sabor.. ?

Yo quiero tus besos,
todos los excesos
de tu sed de amar.

Para ser más bueno,
sobre tu albo seno
déjame soñar.

Por todo sendero
yo seré el trovero
que te cantará.

Y tu primavera
en mi lira entera
reflorecerá.

Calma esta amargura
que con mi locura
quiero enmascarar.

Hermanita mía,
la melancolía
me ha hecho llorar...

¿QUÉ MAS DA?

A Hugo Silva.

Cantar la vida como la cantaba Arlequín,
saborear en los tibios labios de una mujer
un pecado elegante y dejar el *spleen*
para los que le crean a Arthur Schopenhauer.

Ya que vamos cumpliendo la pena de morir
que más da que esgrimamos una risa procaz
que sirva de cauterio para el propio sufrir
y haga temblar la panza del burgués eficaz.

Un cigarro el amigo de nuestra soledad,
si una tarde aburrida, con un gesto infantil,
curioseamos estampas de libros de otra edad.

Pero una vez siquiera, de noche, en la ciudad
dejemos que la luna de ilusión y marfil
nos dibuje en la ojera una arruga senil...

COLOQUIOS AMARGOS

Hay en mi espíritu dobleces
de una funesta laxitud:
cae una sombra de cipreses
sobre mi vieja juventud...

Quiero engañarme en una muda
contemplación de mi rencor;
y me acibaro con la duda:
¡cada recuerdo es un dolor!

*
* *

...Las manos vibran en las manos,
los ojos besan al mirar
y una embriaguez, plena de arcanos,
borra el instinto de pecar.

Sacuden férvidas corrientes
los nervios tensos de emoción;
van inclinándose las frentes, ¡
pálidas de meditación...

¡Oh, las caricias—inhalladas
en la obsesión de querer dar
almas de carne, saturadas
de lo infinito de pensar!...

* * *

Y ver que todo no fué sino
la comedieta del querer,
urdida en medio del camino
por un capricho de mujer!

* * *

¿Por qué marchar siempre vendados?
No ver la imposibilidad
de penetrar en los cerrados
harenos de la Idealidad.

No ver la bíblica manzana
—alfa y omega—aparecer
como una mancha en la lejana
melancolía del querer...

DICE EL BLOQUE...

Canto la nota de la curva, quiebro
la agilidad de un pliegue en firme arista
y pienso y vibro y sufro: soy cerebro
por obra y gracia de una mano artista.

En mármoles infusos, loco enhebro
la incógnita teoría futurista
y en un relieve clásico celebro
de un sátiro velludo la conquista

Genésico licor va en mi tortura:
vírgenes, toros, héroes y vestiglos
viven la piedra de mi carnadura

Y morirá conmigo en la boqueada
postrera de la noche de los siglos
el pubis de la Venus Mutilada!...

LA FONOLA DEL BAR

La fonola ejecuta una polka afebrada,
fingiendo una locura borracha de alcohol,
y las notas salpican la vida desolada
que llora lo grotesco de tener corazón.

El ambiente se puebla de memorias añejas,
vaga lo irremediable de un fantasma de amor.
¡Alma que fuiste mía! ¿para siempre te alejas?
...Me enervo en la caricia de mi propio dolor.

¿Más todavía? ¿Acaso no he sufrido bastante?
¿No he marchado por todos los senderos del mal?
...Yo me pierdo en la bruma de un pasado distante
y no encuentro la clave de mi fatalidad.

...Y esperar otro día que cambie la tristeza
de este día por otra exactamente igual...
¡Encogerse de hombros, inclinar la cabeza
para seguir andando, fatigado de andar!

BRINDIS DE MEDIA NOCHE

Por tus encantos que fueron
alivio de peregrinos
que sólo una vez te hubieron
y echaron por los caminos;

por tu juventud gastada
en crudas lides de amores,
por tu alma desamparada
como una tumba sin flores;

por la desconsolación
que llevas dentro del pecho
donde sangra el corazón
tu primer ideal deshecho;

por ese hastío sin nombre
de tus noches de burdel,

mintiendo a un hombre y a otro hombre
con espasmos de oropel;

y porque tu risa abrumba
a este dolor de tu entraña
mientras chorrea la espuma
de tu copa de champaña.

A LA AMOROSA OTOÑAL

Te dije un brindis extraño
que hablaba de cosas idas,
de tus orgías de antaño,
de tus caricias fingidas.

Y no te gustó. Dijiste
que eso te hacía llorar,
que tu pasado era triste
y querías olvidar...

Acaso tengas razón,
oh, mi *otoñal* amorosa,
hay que ahogar el corazón

como a larva venenosa.
No lo ves?... ¡ja! ¡ja! Salud!
Brindo por... mi juventud!

DEMASIADO TARDE

Es tarde ya, mujer... El árbol raro
de mi violenta juventud, había
sumido sus raíces generosas
en hondas tierras de emoción; la vida
rególas con la linfa envenenada
de la desilusión...

Ha mucho tiempo
que se murió la tarde entre sus ramas,
en un crepuscular resbalamiento
de largas sierpes blondas.

Un otoño,
prematureo y fatal, quemó el rebelde
varillaje del árbol fabuloso;
y hasta unas hojas secas, amarillas,
temblorosas de un ansia inconfesada

—última queja de un romanticismo
condenado a morir por orgulloso—
fueron siguiendo, dolorosamente,
un novelesco y miserable exodo.



¿Que te podré querer?... Soy un muchacho
lleno de pesimismos inconscientes,
que se aferra a un ideal resquebrajado,
que ha bebido el hastío en las tabernas
y ha mordido tibiezas de mercado.

Es tarde ya, mujer... ¿Qué puedo darte?
un abrazo más triste que mis años,
el enorme rumor de mi obra de arte,
quien sabe si un adiós... y desengaños.

No creo en las virtudes de leyenda
ni en la sinceridad de las doctrinas
y siempre me reí de los consejos
de los rancios tartufos—preceptores
de la moral..., en mangas de camisa!

He dado mi alma a Dios, mi cuerpo al Diablo
con una personal filosofía
y sólo me arrodillo en el santuario
de mi Ayer, todo blanco de ceniza.

Es mi amiga la luna; los crepúsculos
me empañaron los ojos, y las lluvias
han lloriqueado junto a mi ventana...

Es tarde ya, mujer. Deja que siga
arrastrando la muerta caravana
de mis horas preñadas de imposibles
sobre la tierra imperturbable y dura.

¡He de reir la noche de alcoholes!
Y penar con el alba, la agonía
de las imprescindibles ambiciones!

¿A qué manchar el lienzo de tus sueños
con el carbón canalla de mis dudas?...

LÁPIDA

A la memoria de Francisco
Mery, teniente aviador † el 11 de
Enero de 1914.

Te recibimos todos con los brazos abiertos;
fué mi casa tu hogar.
¡Cuántas noches de invierno
de tus viajes celestes el romance soberbio
—agrandados los ojos—te oíamos contar!

Y te fuiste esa tarde—¡la última!—diciéndonos:
«Mañana he de volar!»
Y tus ansias de loco vencedor de los vientos
te llevaron tan lejos... te llevaron tan lejos
que tu alma-golondrina ya nunca volverá!...

Pero te ungió el martirio con gotas de candente
sangre que hará brotar

de cada alma una rosa de admiración gigante,
empapada en el agrio rocío del llorar!

Y si entregaste toda tu juventud gloriosa
a esa garra sangrienta de la Fatalidad,
ésta tampoco quiso ser menos generosa
y te ha dejado sobre tu inmaculada fosa
la Enorme Llave de Oro de la Inmortalidad!

Mañana cuando vibre sobre nuestras cabezas
de las naves aéreas el ronco trepidar,
con los ojos preñados de insondables tristezas
miraremos las nubes sin poderte encontrar.

Ya en tu puesto de guerra no irá tu monoplaneo
(en tu sitio vacío irá un girón de cielo).
Y mientras, agustiadas se nos crispen las manos
y las gargantas secas estrangulen un grito,
irán nuestras pupilas quemadas por el duelo
a perderse en el fondo del azul infinito.

HOMENAJE

A S. M. la Reyna Doña María.

Dulce como una pálida sonrisa
Perfil de ruego.
De playera las húmedas pupilas.

Si viviéramos ese claro siglo marcial
en que una herida honda castigaba un desliz,
como el loco Cyrano de la Enorme Nariz,
disputado yo hubiera nuestro porte real.

Y mi corazonazo de fiero capitán,
inculto, pero noble como una flor de lis,
en una reverencia de mi chambergo gris,
os hubiera ofrecido con un bello ademán.

...Mas, hoy nos ata el paño del ridículo frac
y sustituye al recio chocar del espadón
el gomoso chasquido con que se achata el clac...

Pues bien—de guante blanco—¡oh Reyna de Belleza!
os doy en mi soneto este otro corazón,
nietzscheano, siglo XX, caduco de tristeza...

FRAGMENTO DE AYER

In-memoriam.

Ahora que la duda es imposible,
que la verdad se ha abierto, tajo a tajo,
camino en los reductos de mi ensueño;
ahora que te has ido para siempre,
redimida de todos tus pecados
te recuerdo...

No supe retenerte,
yo debí renunciar a esa honda
complicacion inquieta de mi alma,
que me hacía soñar con imposibles
amores de novela por entregas.
Yo debí renunciar, pero no pude.
Era un muchacho loco todavía!...
Era un muchacho loco... Sin pensarlo

nos dijimos adiós, y mis caricias
quedaron, sin tu amor, desorientadas,
como esas golondrinas invernales
que buscan un alero cariñoso
donde posar sus sedas.

No son mías
ya tus gracias perversas, generosas
de sensualismos aromados de alma,
ni tus delgadas manos, ni tus ojos
humedecidos, ni tu frente blanca,
iluminada de un albor de luna.

¡Cuántas tardes de tibia primavera
sentados en la yerba, saturada
de gérmenes de vida, bajo el dombo
del cielo azul, sin nubes, nos reíamos
como dos chiquitines en recreo,
de tantas cosas graves que la gente
cree dogmas de fe... Mientras la brisa
perfumada de malvas y de rosas,
los rostros encendidos, suavemente,
nos rozaba al pasar.

Tú te enfadabas
por... ¿quién lo sabe?... y yo que conocía
tu trama de muñeca regalona,
mendigaba, muy serio, tus perdones
que concedías ampulosamente
después de muchos ruegos.

¡Ah, mi rubia,
qué dulces encontrábamos entonces

los besos álocados y vehementes
que sellaban las reconciliaciones!

Y después, era el día que se iba
lentamente hacia el mar... A esa hora
penaban nuestras almas el reposo
de la tarde, solemne de tristeza,
que reclinaba, muda, sobre el llano
la pompa augusta de sus terciopelos,
espiritualizando los paisajes,
como decoración de una leyenda
que soñara Mistral. A la vislumbre
del crepúsculo enorme, la maraña
de los árboles secos, retorcían
el tormento hecho carne de sus ansias
—la exaltación de garras esqueléticas
ante el prestigio de una hoguera santa.

...Y regresar del brazo, por las calles
anohecidas y agujereadas
por mil puntos de luces vacilantes.
...Callejas solitarias
que parecían acortarse para
significar su envidia de mirarnos
tan alegres y tan ilusionados
ante el sordo proceso de la vida
que después se cansó de prodigarnos
sus castillos azules y nos hizo
sollozar la amargura de las cosas
que se van para siempre.

Sin embargo,
¿qué derecho teníamos nosotros
para ser tan felices?

Presentimos
la imposibilidad de seguir juntos
la misma ruta como entonces, bajo
la misma luna blanca que vertía
su claridad de acuario sobre el campo
de nuestras emociones fraternales.
Ya tus ensueños pálidos tomaban
una vaga inquietud, anunciadora
de futuras tragedias, soportadas
por mil generaciones de cariño.

El blancor de los trémulos matices
se fué tiñendo poco a poco en esa
concentración de nuestros ideales
hasta que el rosa tímido, fué rojo,
violento como el grito del deseo
que fué activando nuestra inexperiencia.

Vimos lo inevitable que avanzaba
con pasos de fantasma, por el campo
amarillo y sembrado de hojas secas
—las verdes, tan amadas, las que un día
fueran nuestro regalo y que el aliento
de nuestras bocas desecó y el tosco
movimiento sensual de nuestros brazos
hizo caer temblando...

Y una tarde
desencantada y gris, ensombrecida
por una nube de fatalidades
—profetizada por mis pesimismos—
yo no sé qué nos hizo separarnos
y así, serenamente, sin un ruego
se perdió en un recodo del camino
tu sombra—negro féretro que lleva
la vida de un sonámbulo egoísta
bajo el cruel anatema del olvido.

Y revoló muy lejos, la quimera
amparadora de mis sueños de oro,
la que juntó sus alas temblorosas
como dos esperanzas realizadas
sobre el tormento de mis inquietudes.

Ya nunca más tus cálidas pupilas
vendrán a suavizar las asperezas
de la vida insufrible, ni tus manos
ordenarán mi cabellera oscura
de cabellos rebeldes, como ideas
que escaparan sin forma del cerebro.

Ni nunca más, cogidos de la mano,
contagiados de Dios y de silencio
miraremos al fondo de la noche
el vuelo misterioso de una estrella
trémulo, azul y errante...

EN UN PAÍS...

Hora de luto.

En un país de cárdenos crepúsculos
donde flota un olor a cementerio
que enferma las memorias y los músculos
con un temblor de duda y de misterio,
hay un parque verdosamente umbroso
como una vida que jamás se alegra,
donde medita un lago fabuloso
de sangre tibia, torturada y negra.

País... eres la vida transitoria
que un Dios que no comprendo, hizo de prisa;
el parque abandonado, mi ilusoria

noción de ser... El lago es la divisa
de mi orgullo y mi honor: la cancionera
vertiente oculta que jamás se agota,
pues aunque todo pase y todo muera,
el lago se hará nube, gota a gota...

LITERATURA

¿Literatura? Sí. Literatura
y algo de juventud enardecida
hicieron esa greda luminosa
con que formé mis versos.

Me engañaba
creyendo que eran gritos de mi entraña,
desgarramientos de mi ser y sangre
que destilaba el corazón.

Creía
dar todo mi dolor envenenado
de mal de amor y de melancolía
en esos versos que leímos juntos.

Porque ahora que veo el Imposible
inexorable, fantasmal, tremendo,
como un Dios iracundo, separarnos
sin corazón y sin misericordia,

mi voz no tiene fuerza, mi cerebro
da tumbos en un mar desconocido
y sólo sé decirme: ¡nunca! nunca!...
y sollozar hasta partirme el alma!

EN LA QUIETUD POBLANA

Ni me encanta el arroyo de cristal ni me llama
el áureo mar lejano, ni el cielo azul me alegra;
mis ojos están fijos bajo el sol que derrama
sobre el campo amarillo mi errante sombra negra.

J. R. JIMÉNEZ

EN LA QUIETUD POBLANA

Mañanita de invierno... Dejo el alma
borroncar la página... Las letras
bordan en fondo blanco las sutiles
cavilaciones de esa historia muerta,
trágica, ilusa, redentora y triste
que rimo con la tinta de mis penas.

La calma hace soñar... En los borrosos
vidrios que encuadra la ventana abierta,
se copia adormilada la tortuosa
perspectiva invernal de la calleja
encharcada de lluvias... Pasa una
beata que va de misa, por la acera
de pedruscos pastosos... Allá abajo
se perfila incolora una silueta
que al fin se desvanece, destiñéndose
entre las motas grises de la niebla...

Canta un gallo distante clarinadas
que despiertan un eco de leyenda
en el mar silencioso de los duelos
que me hicieron ser solo en mi tristeza.

¡Es un ronco llamado al optimismo
que tapa un cascarón de indiferencia!

Un pitazo de tren, como un gemido
punza el ambiente azul y abre una brecha
de añoranzas dormidas en lo hondo
de mi desolación... Casita vieja
que se quedó allá atrás, en el recodo
que hizo mi vida ilusionada y ciega,
donde llora mi madre las ternuras
del hijo que se fué... Tal vez aprieta
sobre su seno mi recuerdo... Lejos,
dolidamente lejos, parpadean
los ojos enigmáticos de aquella
que me ha olvidado acaso...

Cuotidiano

pregón de mercancía... Majadera
persistencia de un perro... Con estruendo
de hierros y de tablas mal clavadas
traqueteando pasa una carreta.

EL HUERTO FLORIDO

Pecadora alma triste, perdóname que olvide
esta tarde aromosa tu dolido quebranto,
y me bañe en la gracia de la luz que me pide
comprender la suprema realidad de su encanto.

No es que tu pesimista soledad me intimide,
ni que repudie el vaso tembloroso de llanto...
Ya sabes que te quiero, pues sólo en ti reside
el sabor hondo y dulce que deslío en mi canto.

Pero este sol de estío que sobre el huerto riega
su claridad fecunda, me transforma, me ciega,
para que de la vida no medite el espanto,

y navegue en la nave del rosal florecido.
Pecadora alma triste, perdóname si olvido...
¡Tengo los ojos turbios de haber llorado tanto!

LA LLUVIA

Hace ya varios días que la lluvia no cesa de caer en hilachas que canturrian lirismos, haciendo sacar amplios rebozos a las viejas y poniendo miedosa la carne de los tísicos.

La pared blanqueada de la casa de enfrente se desconcha en pedazos de yeso mortecino, que se desmayan sobre la acera en una forma que recuerda la inercia de los cuerpos vencidos.

¡Oh, los cuerpos vencidos por la lluvia implacable,
que en todos los momentos va dislocando un ritmo!
En la muralla fría quedan las manchas negras
como heridas de duelo sobre un blanco martirio.

Lluvia, que te descuelgas del vientre de las nubes:
tu llanto lacrimoso ¿en dónde lo aprendiste?
... Es un remoto y vago dolor de pensamiento,
como si cada gota fuera una vida triste!

TARDE AMARILLA

La tarde palidece como una hoja caída,
amargando los nervios de una noble tristeza.
¡Oh, temblor de la tarde que desgarras la herida
de seda, de imposible, de amor y de belleza!

Se refriega una mancha de oro viejo en el muro.
Están mis ojos turbios y el libro amarillento.
Una campana, lejos, suena como un conjuro
y se pierde el sonido como un ronco lamento.

Tarde amarilla, dime ¡por tu angustia! ¿y mañana?
de los largos abrazos que en ti fueron ¿que hiciste?
¡Va en tu seno el lamento de mi interna campana
oh, tarde que te apagas como un recuerdo triste!

LUNA DE NIEBLA

La noche—toda gris—es como el alma
llena de soledad y de silencio
de un dios insomne que se adormeciera
en la vaga tristeza de un recuerdo.

Y una borrosa lágrima la luna
que condensando el frío del misterio,
disolviera en neblina la impasible
melancolía del Cansancio Eterno.

Yo contemplo la noche taciturna
enmudecidamente... Mis cabellos
se mojan del rocío de la niebla
que me enfría hasta el fondo del cerebro.

CALLEJA EN LA NOCHE

Grandes masas de nubes, violetamente oscuras,
difuminan el cielo de hermosura distante
y las puertas cerradas sellan las sepulturas
del reposo poblano, egoísta y sedante.

La noche cuelga andrajos de miedo en la muralla
que decora de lumbre la luz de «parafina».
Va mi sombra en la acera agrandando su talla,
como el ánimo bajo la acción de la morfina.

¡Sombra negra que nunca me abandonas por nada!
Sombra negra que nunca dejas por un minuto
de perseguir mi loca vida desencantada,
subrayando mi paso con un manchón de luto!

Ha pasado muy cerca otro ser anodino.
Han sonado, allá abajo (una... dos...) las campanas.
Mi sombra se confunde con el negro camino.
Parpadean, azules, las estrellas lejanas...

EL ROSAL IMPOSIBLE

Esta absurda inquietud de hallar la rosa
que perfume mi vida y mi canción,
ha puesto en mi semblante una ojerosa
pesadumbre que mueve a compasión.

Es un deseo triste... es una cosa
que no me sé explicar... Mi corazón
acaso busque hasta en la misma fosa
esa ensoñada rosa de pasión.

Encantado jardín de rosas bellas,
al borde de tu pálido camino
mis pasos van dejando rojas huellas;

Y en este viaje en que mi pena muerdo,
sólo encuentra consuelo mi destino
en las fangosas aguas de un recuerdo.

MIEDO

Por el entumecido desamparo
de la noche preñada de silencios
va mi ambigua nobleza de noctámbulo
deshilachadamente gris. Con miedo
de la vida gitana; de la muerte
desencajada y pálida; del viento
que hace rodar las hojas desteñidas
por caminos polvosos; de los senos
que incitan a morder... Un miedo horrible
a unos ojos lejanos, pordioseros
de un amor que se ha ido para siempre.
¡Ojos de tentación y de deseo,

que cual chispas de un fuego mortecino,
encienden la pastilla del recuerdo,
que envuelve en tules de humo doloroso
mi soledad, pudriéndola de ensueños!

LA CALAVERA JUNTO AL LECHO

En la convalecencia.

Polvosa calavera de cráneo carcomido,
que mi cuarto de enfermo presides dignamente
con un gesto de hueso socarrón y podrido:
tu palidez la llevo en mi alma y en mi frente.

Novia de cementerio: tu abrazo no me arredra
¡En mi vida hace tiempo que todo se derrumba!
Seré tuyo mi amada, sobre un lecho de yedra,
pero dime: ¿el recuerdo lo llevaré a la tumba?

NO HUBO TRAGEDIA

Tuviste la franqueza delatora
de los grandes momentos. No negaste;
y alta la frente y con los ojos firmes,
me arrojaste a la cara tu pasado.
...Y desfiló tu juventud perdida
que mi cariño había idealizado;
tu juventud que estaba en mi memoria
sin una sola sombra de pecado.

El lodo que tu boca borbotaba
salpicó hasta la cima de mis sueños
pero no hubo tragedia, ni siquiera
la bofetada que usan los pequeños
de corazón. No sé! Yo no ví nada
más que el hondo caer de mis ensueños.

...Y al fin te perdoné. Tu seno impuro
volvió a ser cuna de mi desvalida
caravana de amor; tu boca supo
como otras veces endulzar la herida
de todos los instantes... y seguimos
tú mas fiel, yo más triste, por la vida...

CALLEJUELA

He paseado mi tedio por esta callejuela
que su pobreza oculta detrás del arrabal:
evoca un viejo cromo de una vieja novela,
con su acera empinada y sus muros de cal.

Me ha traído el encono de tanta bagatela
que ambula por las calles bulliciosas de allá,
y el encuentro imprevisto con una damisela,
cuyo recuerdo iba olvidándolo ya...

Esta quietud nocturna hace bien a mi yermo corazón que se arrastra dolorido y enfermo por la monotonía de tanto día igual.

Hasta un farol vetusto, amarillentamente, parece que ha dejado caer sobre mi frente una caricia triste de curita rural.

MÚSICA FAMILIAR

No eran las cadencias de esos callejeros
organillos, no era
la música de esos
organillos tristes,
organillos viejos,
que nos comunican ideas estériles
de ser vagabundos, de beber ajeno
y mirar la vida como un desengaño,
a través del vidrio de un recuerdo añejo.

Los buenos burgueses,
el salón modesto,
las notas del piano que alegres y locas
dejaban un eco
que hablaba de risas, como chorros de agua,
de amores, de abrazos, de flores, de besos!...

La clara conciencia
de la inmaculada virtud bajo el techo:
aureola de santa en la madre,
diadema de espinas y claveles frescos
en la frente virgen de la hermana heroica
que llora en secreto...
Y sobre sus vidas,
guardando los fueros
de las tradiciones,
el ceño paterno.

Ese cariñoso
nudo de las gentes y de los objetos,
eran acicates de resurrecciones
en los abandonos de mi vencimiento.

¡Adiós inquietudes, adiós rebeldías!...
Sentí la vergüenza de amar con empeño
lo fatal, lo raro, lo amargo. ¡Palpitan
en mí tantas bellas locuras de ensueño!

¡Quería olvidarme,
quería ser bueno,
por tus ojos grandes, por tu gracia ingenua,
por tus manos blancas sobre el piano negro!...

¡Tenerte a mi lado para siempre, como
una fuente pura donde yo mirara
mi dicha tranquila y el fondo del cielo!

¡Que por mi camino fueras deshojando
la gracia impecable de los abandonos
temblorosos de ansias!...

Y nunca acordarme de los días lentos
de las noches largas,
vivir una vida de recogimiento:
tu cabeza rubia, mi melena negra
en la gran almohada del silencio!...

SONETOS GALANTES

A tus hondas pupilas que no he de ver jamás;
a nuestro idilio trunco que amortajó el dolor,
mis sonetos galantes, como una musical
vibración de dalmática, de paje trovador.

P. S.

PASASTE LENTAMENTE...

Altiva marquesita de Versalles,
que estrujas guantes y que mascas rosas;
esa tarde humillábanse las calles
ante el «chic» de tus curvas armoniosas.

Con sádica insolencia voluptuosa
paseaste tu mirada por el valle
de mis desolaciones; majestuosa
mente dejabas ondular el talle.

Y sabiendo el poder mortificante
que en tus pupilas cálidas se escombra,
con nostalgias de nimbos y de aras,

pasaste lentamente... Y yo, galante,
te eché mi corazón como una alfombra
para que encima de ella caminaras (1).

(1) «A raíz de publicarse esta composición, escrita el año 1912, álguien me advirtió que existía otra con un final análogo, lo que pude comprobar después, leyéndola en *Los Peregrinos de piedra*, del admirable Herrera y Reissig; pero a pesar de esta coincidencia no he creído del caso reformar aquélla porque me asisten razones sentimentales.»

ACUARELA

En la parda oquedad de tus ojeras,
bajo el arco gentil de tus pestañas,
verdean tus pupilas como extrañas
esmeraldas en hondas madrigueras.

Y en la blanca llanura de tu cara
donde flotan dos nubes de carmín,
triunfa el húmedo rictus de satín
de tu boca soberbiamente rara.

Eres como una mágica acuarela
del pincel de un artista parisino
mojado en una gracia suave y blonda.

Tienes la ondulación de la gacela
en tu cuerpo insolente y el divino
abandono sedante de la onda.

PACTO

De la comba olorosa de tu seno
brotó una emanación de sensualismo
que relajó como sutil veneno
el rigor de mi sentimentalismo.

Y miré con erótico cinismo
el cofre de tu cuerpo sano y pleno,
pero tus ojos llenos de idealismo
me invitaron, tranquilos, a ser bueno.

Y olvidando tu gracia peligrosa,
tu figura picante de griseta,
yo te juré no ser más que un amigo

de tu alma ilusionada, tu poeta
que cantaría tu boquita rosa
... que lee libros de Felipe Trigo.

BAJO LA LLUVIA

En la tibia salita que un regazo remeda,
se diluía el alma de tu belleza rubia.
Extrangulaba notas un mandolín de seda
en la monotonía de la noche de lluvia.

Al amor de la lámpara, que alumbraba en la mesa
hojeábamos revistas llegadas de París,
y encendía sus oros tu artística cabeza
que se doblaba sobre una *Armonía en gris*.

Tus manos inocentes—personitas formales—
se enredaban, a veces, entre las manos mías
y reías, mi nena, como te ríes túl...

Esa noche oficiaste los santos funerales
de mis insoportables viejas melancolías
debajo de *Le Rire... Femina.. Je sais tout...*

CILICIO DE CASTIDAD

No nos besamos esa noche. ¿Por qué?

No nos dijimos nada. En el salón
todo era luna y sombra... La tranquila
claridad de la noche en tu pupila...
¡Abierto al cielo estaba tu balcón!

No nos dijimos nada... Nuestras manos
se buscaron solícitas, y vimos
cómo al calor de sus serenos mimos
se idealizaba nuestro amor de hermanos.

Luna, sombra y silencio... Por la calle
adormecida no pasaba un alma...
(No te besé ni te cogí del talle).

Y a pesar de la curva de tu flanco
pude decirte: «Hasta mañana», en calma
y soñar esa noche un sueño blanco...

LO INEVITABLE

Bajo el roce candente de mi mano lasciva
tu cuerpo se estiró como el de una culebra;
tus nervios se crisparon en esa convulsiva
comprensión de la trama que la lujuria enhebra.

Las dos palomas ciegas de tus senos, conscientes,
aletearon el ansia de verse poseídas,
y sobre las promesas de tus labios, mis dientes
cayeron con la furia de lobos homicidas.

(Pasó por la arboleda un susurro de raso,
sollozo de un tesoro que se hubiera perdido,
amparado en el biombo sangriento del ocaso).

...Y fué tu sacrificio como un trágico escombro
de tus coqueterías de mujer. Has seguido
por el agrio camino recostada en mi hombro.

LA SATÁNICA

¡Oh, mi linda embrujada de diabólicos males,
mordida por el fuego de extraños pensamientos,
me diste en noches ebrias de locuras sensuales
a beber en el filtro de tus encantamientos!

Sabia en la quiromancia de ritos infernales,
en el mortero infame de tu loco ardimiento,
sofocabas mis dudas... Y eran tus saturnales
alaridos de fiera sobre un largo lamento.

Cuántas noches, abierta la voluptuosa boca,
me mirabas, tendida sobre un sofá de raso
como una vampiresa, desmelenada y loca,

al ver que aun quedaban en mis labios marchitos
sangre, que chuparías como el licor de un vaso,
con los ojos cerrados, entre espasmos y gritos!..

PARA TU SILUETA DOLIENTE

Te marchitaba una palidez de ceniza,
en tus labios exangües se agrietaba el dolor
y ponían tus manos actitudes de misa
en la capilla triste de este imposible amor.

La tarde agonizaba. Su vislumbre enfermiza
agigantó en nosotros la desconsolación,
y una nube violeta que se tornó plomiza
nos empañó en los ojos la misma comunión.

Te apretaste a mi cuerpo con temblor de hojarasca...
¡Oh, la pena sin llanto, la pena que se masca
por todo aquello nuestro que se murió de hastío!

Y así como en la seda del horizonte claro
arañaba la rama de un árbol seco y raro,
así en tu almita buena rasguñó mi desvío.

SOMBRA DE IDILIO

Mujer que suavizaste mi juventud dolida
con la ternura blanca de tu frágiles manos;
mujer que envenenaste de amor toda mi vida...
Mujer hecha de luna... de perfumes lejanos!...

Nos separó la suerte, la eterna pervertida
que disloca los brazos de los seres hermanos...
Desde entonces, te busco con el alma vencida,
en la música triste que sollozan los pianos!...

Hoy, olvidando todo mi romántico orgullo,
voy siguiendo la sombra de tu amor homicida,
desencantado y sólo, como un fantasma tuyo.

Tengo sed de tus labios, de tus senos... tus manos,
¡Oh, sombra idolatrada, dolorosa y perdida:
me mata la nostalgia de perfumes lejanos!...

CALCOMANÍAS

A Rafael Frontaura, que tiene
un gran corazón sentimental y
escribe sainetes.

LA TÍSICA ELEGANTE

...Elle était très maigrelette
Mademoiselle Squelette...

En la noble butaca de terciopelo rojo
apoya su osamenta de mortecina gracia:
por el escote abierto se desparrama un flojo
seno de carne lacia.

Sobre el rostro marchito de palidez verdosa,
las ojeras dibujan dos círculos morados
donde brillan con una persistencia viciosa
los ojos afebrados.

Y su mano amarilla que la tisis desgarró
cuajada de sortijas, como una extraña garra,
dobla un pañuelo en dos.

Y al llevarlo a sus labios de linda moribunda,
el pañuelo se manchó con la saliva inmunda
de un acceso de tos...

EL VIEJO VERDE

A Fray Apena.

Bajo un hongo flamante, color de hoja podrida,
su cara de macaco, picaresca y sensual
se plegaba en arrugas, sus ojillos sin vida
penaban la nostalgia de la perversidad.

Repugnante argamasa de vejez corrompida,
Don Juan en decadencia, Sileno de ciudad;
sobre polaina blanca el pantalón suicida
su doblez impecable; gardenia en el ojal.

Una moza del pueblo con anillos de plata,
abultadas caderas, pañolón escarlata,
nalgueando, pasó...

Tras los lentes de oro las pupilas del viejo
brillaron con un sabio, satánico reflejo
y su lengua, chasqueó...

VENDEDORAS DE SONRISAS

Anforas de misterio... Caprichosas
bomboneras de amor martirizado,
que ilumináis de rojo las tortuosas
callejas del vivir atormentado.

Mujeres que no sois ya más que cosas
que se arrojan después de haberse usado,
y poseéis tarifa de las rosas
que ambicionan los clientes del pecado.

Porque cae en vosotras día a día
la baba del canalla y su lujuria;
porque sois fuentes de melancolía,

y vuestro sólo nombre es una injuria!
porque, a pesar de todo, tenéis un corazón:
¡gracia plena y perdón!

LA SEÑORITA FEA

No hay novio para las feas
que tienen toda el alma azul...

Chabrilion.

Sobre el rústico banco de madera
abandona su inútil languidez;
fijos los ojos allá arriba, espera...
La novela ha rodado hasta sus pies.

Todo le habla de amor: la enredadera
cuelga hasta ella su perfume; y es
una cruel insolencia la pradera
para su rostro, todo palidez...

¡Señorita infeliz! Sin una esquila
de novio que mostrar. Baja la frente,
suspira hondo y coge la novela...

Un cálido crepúsculo de otoño,
donjuanesco, burlón, coquetamente,
le alumbra una peineta de su moño!...

APUNTE DE SALON

Bajo los focos blancos—con los hombros desnudos
y una sonrisa falsa en la boca sensual—
a su paso dejaba una estela de mudos
y galantes asombros en la gente de frac.

Su marido en un corro de vejetes panzudos
daba muestras patentes de su capacidad,
hablando de la baja del cambio y de los rudos
desvelos que le impone su fuerte capital.

Ella linda... El un viejo, feo, gordo, farsante...
y dicen que es honrada, que es una esposa amante...
¿Verdad que es todo esto muy extraordinario?

Al firmar en la hoja de su *carnet* de baile
para un vals en prelude, lamenté no ser fraile
y arrancarle el secreto desde el confesonario!...

PAJE TROVERO

Cromo del Medioevo.

Un romántico paje medioeval:
sobre sus hombros finos una lluvia
de bucles de oro su melena rubia
desparrama. Su blanca mano al

apoyarse con gesto señorial
en la curva fugaz de su cintura,
se aferra a la bronceada empuñadura
de un agudo y dramático puñal.

Es amador de damas de valía
y en lances de pasión y bizarría
derrocha su caudal de juventud.

Sueña con ser armado caballero
y sabe de memoria el *Romancero*
al arpegio lloroso del laúd.

PARQUE DE ARTIFICIO

Un parque de penumbra sugestiva,
Cipreses, sauces. Como nota blanca
en la hojarasca móvil, la furtiva
curva del vientre de una Venus manca.

La luna, enorme, gris, meditativa,
rodando en alto; de su cara franca
baja una suave lumbre, que lasciva
va a lamer a la Venus en el anca.

Perdidos en la sombra y en la hiedra
tras un jarrón de carcomida piedra
cuchichean Pierrot y Colombina.

Y nada más. El tema me sedujo
porque tendría fuerza en un dibujo
que se podía hacer a tinta china.

EL BIOMBO JAPONÉS

Pardea en el fondo de
las tazas de porcelana,
vaheando de mala gana,
el aromoso café.

Por la ventana se ve
morir la tarde en un trazo.
(Anaranjado brochazo
sobre seda rosa-thé.)

Se aburre en un canapé
la enigmática princesa,
la de ojos de japonesa,
que embriagan como el saké.

Tiene la belleza que
Toyo-Kuny, el peregrino

nipón, dibujó en divino
álbum de amor y de fe.

Fina como una musmé
fugada del Yosi-Wara,
juega con una cuchara
sobre el brillo del plaqué.

Me parece... yo no sé...
oh, japonesa de cromo,
que tú me contemplas como
si me invitaras... ¿a qué?

¿A querernos?... Eso me
dejó siempre una tristeza...
¡Si he de hablarte con franqueza
te aceptaría... café!

TAPA DE CARTÓN

Bajo un cielo acolchonado
por nubes blancas y pardas,
que fingen un silencioso
rebaño de ovejas mansas,

se acuesta un camino largo
de tierra color ceniza,
bordado por negros álamos
de corteza carcomida.

Las piedras, amodorradas,
duermen un sueño de plomo,
como frentes de viciosas
mujeres que fuman opio.

Van dos viejitas aldeanas
de arrugada y seca piel,

por el camino, vestidas
con faldas color de nuez.

Y miran con sus pupilas
abrumadas por el tiempo
la lejanía de niebla
del camino polvoriento.

Allá lejos, como envuelta
en un sopor de leyenda,
difuma su alta silueta
la parroquia de la aldea.

Hay en todo el gran bostezo
de un Dios enfermo de «spleen»,
la extenuación de algo añejo
y un aburrimiento gris...

Esta tarde me he quedado
soñando sin hilación,
ante el paisaje borroso
de esta tapa de cartón...

PANDERETA

No es a la España histórica y grave
a la que cantan mis versos sonoros,
sino a la España garbosa, que sabe
a manzanilla y a plazas de toros.

Yo no abomino de la cepa brava
de los hidalgos que hubieron valor,
del Rey funesto que adoró a la Cava,
ni del Poema del Cid Campeador.

Respeto el polvo de sus catedrales,
urnas enormes que guardan los ecos
que por la ojiva de sus ventanales
oyeron monjes de rostros entecos.

Duerman silentes las glorias añejas
que encierra España como un ataúd,

¡y viva el fuego de faldas bermejas,
de rojos labios que dicen: salud!

Juergas, verbenas, baile flamenco,
pícara gracia de los *cantaores*
que en la guitarra, con un guapo elenco
de tres manolas—en el pelo flores—
sueltan al aire la copla gitana
entre *gipíos* que no tienen fin,
mientras una chica se ofusca ¡serranal
en la locura de un garrotín.

Los cordobeses castizos, airosos,
de ala extendida como una patena,
que ponen sombra a unos ojos mañosos
sobre una cara afeitada y morena.

Y esos chulones—carne de navaja—
que con un rojo clavel en la oreja,
mienten amores a una altiva maja
que asaetea detrás de la reja.

Y amo también por sutil paradoja,
o porque adoro el brutal claroscuro,
la España negra de sangre y congoja,
la que no tiene rosal en el muro.

Magros toreros de la suerte perra
y desvaído color en la ropa;

sucia gitana que va por la tierra
con pies descalzos y pelo de estopa.

La pesadilla fantástica y maga
de campanarios y majas dolientes;
la España negra de Ignacio Zuloaga
y Don Francisco de Goya y Lucientes.

LOS AMORES DE MI LÁMPARA

Como una novia triste y enamorada,
bajo su gran pantalla de seda verde,
mi lámpara medita desconsolada,
mientras por los rincones su luz se pierde.

Un roce imperceptible, como de flores
deshojadas, su cara de llama enciende
y se hace más rojiza su luz. (Rubores
son éstos, de las lámparas, que nadie entiende).

Tal que una virgen sabe que el musiteo
de unos pasos de prisa son del esposo,
ella comprende el ritmo del aleteo
de su amor de una noche: su mariposo.

Y se acerca el nocturno calaverón,
dando de cabezazos en la pantalla,

ensayando un intento de posesión...
(En un sensual arrobo la luz desmaya).

Yo los observo y pienso: ¡Hola, bribón,
cual en el mundo tanto tenorio ignaro,
buscas el oro rubio del corazón
que en el tubo candente luce su aro!...

Mi lámpara titila lánguidamente
y luego en un derroche de luz dorada
baña al galán en una fosforescente
cascada de caricias de enamorada.

Y él, inconsciente, loco, hasta ofuscarla,
con obsesión de macho pleno de urgencia,
busca su ardiente boca para besarla
y darle sus primicias de adolescencia.

Ella, por fin, lo atrae, lo absorbe y quema
sus alitas cansadas de volador
y el cuerpo del insecto, como un esquema
de lo que fué, resbala... Murió de amor.

Una racha de viento, fría, muy fría,
que hizo de panteonero, de pala y fosa
se llevó su cadáver, que parecía
dos hojas calcinadas de una rosa.

Mi lámpara amortigua su llamarada
y llora silenciosa su amor que pierde,
como una novia triste, desconsolada,
bajo su gran pantalla de seda verde.

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
PRÓLOGO.....	9

Muecas en la sombra

Manos artistas.....	15
Rogativas a mi corazón.....	17
En amable charla.....	19
La casa dormida.....	21
Canción de odio.....	23
Croquis al carbón.....	27
La ironía desalentadora del papel.....	29
En mi rincón.....	31
El soneto «Influenciado».....	35
¿Qué espera?.....	37
El cubilete fatal.....	39
La imposible.....	41
Oración a la hermana.....	43
¿Qué más da?.....	45

	PÁGS.
Coloquios amargos.....	47
Dice el bloque.....	49
La fonola del bar.....	51
Brindis de media noche.....	53
A la amorosa otoñal.....	55
Demasiado tarde.....	57
Lápida.....	61
Homenaje.....	63
Fragmento de ayer.....	65
En un 'país.....	71
Literatura.....	73

En la quietud poblana

En la quietud poblana.....	77
El huerto florido.....	79
La lluvia.....	81
Tarde amarilla.....	83
Luna de niebla.....	85
Calleja en la noche.....	87
El rosal imposible.....	89
Miedo.....	91
La calavera junto al lecho.....	93
No hubo tragedia.....	95
Callejuela.....	97
Música familiar.....	99

Sonetos galantes

Pasaste lentamente.....	105
Acuarela.....	107
Pacto.....	109
Bajo la lluvia.....	111
Cilicio de castidad.....	113

	PÁGS.
Lo inevitable.....	115
La satánica.....	117
Para tu silueta doliente.....	119
Sombra de idilio.....	121

Calcomanías

La tísica elegante.....	125
El viejo verde.....	127
Vendedoras de sonrisas.....	129
La señorita fea.....	131
Apunte de salón.....	133
Paje trovero.....	135
Parque de artificio.....	137
El biombo japonés.....	139
Tapa de cartón.....	141
Pandereta.....	143
Los amores de mi lámpara.....	147